

Historia de un Cuadro

Por el Marqués de Lozoya,

Director General de Bellas Artes de España.

CORRÍA la mañana del doce de Octubre del año de gracia de 1946. En mi despacho de la calle de Alcalá me ocupaba yo de la participación que los organismos de Bellas Artes habían de tener en la Fiesta de la Raza que con gran solemnidad se celebra aquel día en Madrid, cuando me dijeron que me llamaba urgentemente al teléfono el Ministro de Asuntos Exteriores, Don Alberto Martín Artajo, mi querido amigo de toda la vida. Nada me sorprendió tal llamada en semejantes días y pensé que se tratase de algún pormenor de las fiestas. Imaginaos mi sorpresa cuando supe que el Gobierno me había designado para representar a España en las Fiestas centenarias de la Ciudad de San Salvador que tendrían lugar en los primeros días del mes de Noviembre.

Confieso que recibí con placer extraordinario la noticia de un viaje que me permitiera conocer un país maravilloso del cual amigos entrañables me habían dado

tentadoras noticias. Mis primeros estudios históricos se habían orientado hacia Centroamérica y mi dedicación al Arte Hispanoamericano me aumentaba mi deseo de estudiar las no muy conocidas reliquias del arte hispánico de la República Salvadoreña. Acepté con placer y gratitud el honroso encargo y me consagré con afán a los preparativos para los cuales, ciertamente, no sobraba el tiempo.

En las conversaciones con el Ministro y con el Marqués de Auñón, que era entonces Director General de Relaciones Culturales, se planteó el problema del regalo con el cual se había de expresar de modo perdurable a la Ciudad heroica de San Salvador la alegría con que la Madre España se asociaba a sus fiestas centenarias. Nada más indicado que una obra de arte que tendría que ser de alta calidad y de alguna manera relacionada con el hecho que se había de conmemorar. El asunto vino, naturalmente, a mis manos y pensé que nada podría ser más oportuno que un retrato del Conquistador de Guatemala y de El Salvador, a quien puede llamarse el padre de la América Central, Pedro de Alvarado. En cuanto al pintor, el más adecuado me pareció Daniel Vázquez Díaz. Es, sin duda, uno de los más claros valores artísticos de la España actual y de todos sus pintores el que más hondamente ha sentido la gloria del Descubrimiento y de la Conquista, acaso porque su tierra nativa está en la misma comarca en donde se reclutó la marinería de Colón. Daniel Vázquez Díaz ha dejado en los muros de La Rábida una exactísima visión intuitiva de los marinos y de los frailes por los cuales fué posible el hallazgo de un nuevo mundo; su genio ha adivinado el atuendo de los conquistadores en lienzos que, mejor que las crónicas, nos expresan cómo debieron ser aquellos domadores de Imperios. A fuerza de estudio y a fuerza de amor ha llegado a adquirir ese don divino de la intuición que supera, para captar la verdad histórica, al afán de los más diligentes conquistadores.

Una mañana del maravilloso otoño madrileño nos dirigíamos Barón Castro y yo al estudio de Daniel Vázquez Díaz, en la calle de María de Molina: una serie de aposentos luminosos, verdadero taller cuyo mejor adorno son los cuadros terminados o por terminar y no los trastos y la ropavejería que convierten otros recintos semejantes en trastiendas de anticuario. Expusimos crudamente al pintor nuestro proyecto y, sobre todo, la urgencia del caso. Era preciso que la efigie del Adelantado estuviese en una semana presta para emprender su viaje aéreo a través del Océano. El artista, tan entusiasmado como nosotros, nos prometió cumplir aun cuando tuviese que trabajar noche y día. Entonces comenzaron en el taller de Vázquez Díaz unas jornadas inolvidables. Todas las tardes Barón Castro pasaba conmigo al estudio de Vázquez Díaz para auxiliarle en la reconstrucción del personaje. Los retratos que de él se conservan son, como el que figura en las «Decadas» de Herrera, tardías evocaciones barrocas, sin otro interés que la posibilidad de que se hubiese tenido presente algún original perdido o bien son invenciones arbitrarias en las pictografías indígenas. Barón juzgó con acierto que tendría mucha más fuerza evocadora una imagen ideal, fundada en textos literarios. Pedro de Alvarado era famoso por su gentileza y cortesanía; había de ser representado con las finas y altivas facciones de un noble de raza. Los indios le llamaban «el Sol» por el esplendor rubicundo de su barba y de sus cabellos; era, sin

duda, uno de esos tipos de claros ojos azules que en Extremadura revelan ascendencia celta o visigoda. Estos ojos azules habían de recoger la alta espiritualidad de quien supo contestar, herido de muerte, a los que le preguntaban si le dolían sus tremendas llagas: «Me duele el alma».

Eran de oír los coloquios del erudito y del pintor. Barón, entusiasmado, creía ver erguirse ante sus ojos, la figura, a la vez amable y austera, del conquistador. Vázquez Díaz, contagiado por su emoción, pintaba sin mirar casi el modelo —que era su propio hijo, cuyos ojos azules revelaban su materna ascendencia escandinava— interpretando más bien una visión interior. Sobre la cortina de púrpura se pintaron las armas de los Alvarados extremeños cuya descripción exacta nos dió el Marqués de Saltillo, famoso heraldista. Sobre el sol que los indios le atribuían como emblema se copió un arnés de la época, de la armería del Duque de Alba. Sabido es que desde Ticiano no hay acaso pintor alguno que haya sabido dar, como Vázquez Díaz, su calidad exacta al metal de las armaduras.

El resultado de esta colaboración fué un magnífico retrato en el cual tanta parte cabía al gran artista como al gran historiador. Una vez que fué expuesto al público madrileño y ponderado por la crítica como se merecía, emprendió con nosotros el vuelo atlántico. El viaje, perturbado por una huelga de pilotos, fué casi tan difícil como el de Colón y durante él nos costó no poco esfuerzo conservar con nosotros la efigie del Conquistador. Por fin, una mañana de Noviembre, pudimos entregar al General Avendaño, Alcalde de San Salvador, el retrato de Don Pedro de Alvarado que había conseguido, después de muerto, un «salto» mucho más importante que el que le dió en vida universal renombre.

Juan Contreras y López de Ayala,

Marqués de Lozoya.

